SOBRE UNA OLVIDADA EDICIÓN DE GARCILASO¹

Luis Jaime Cisneros Vizquerra
Academia Peruana de la Lengua

Anotar libros y explicar textos fue apasionante tarea que la filología practicó desde sus orígenes. Nombres resonantes presiden el catálogo de temas trascendentales que convocaron a esa labor: la Biblia fue, sin duda, piedra de escándalo de tal ejercicio, y a su vera se organizaron prestigios y también se avivaron fuegos que terminaron, siglos después, en la hoguera inquisidora. Luego, vencidos muchos siglos, los textos indoeuropeos ofrecieron el testimonio del sánscrito y avivaron en los comentaristas el interés por la religión, la geografía, la historia y el lenguaje. Una pasión iluminaba siempre esos escolios: ver claro para, así, comprender mejor. Depurar textos es tarea a que los filólogos vivimos dedicados, y por eso nos inician entrenándonos en el análisis y en la observación de ejemplares ediciones críticas de viejos textos medievales y nos convocan al descifrado y a la confrontación de manuscritos; y nos obligan a reconstruir fonética, léxico y sintaxis, procurando siempre que no descuidemos la marcha de los acontecimientos, el ir y venir de las ideas y los hombres. Ni historia ni filosofía, ni ciencias naturales; ni la física y la biología y el dilatado mundo de las ciencias sociales pueden constituir hoy zonas vitandas para el filólogo. Y acá recuerdo el ardoroso y valiente entusiasmo con que Amado Alonso nos exigía estar al tanto de cuanto se relacionase (o pudiera relacionarse) con los libros y los temas que explicaran el comportamiento

¹ Se trata de la edición de los *Comentarios Reales* de Carlos Aranibar. México, Fondo de Cultura Económica, 1991.

de un autor. Y por eso nos proponía leer a Bergson, a Husserl, a Heidegger y a Bertrand Russell.

Carlos Aranibar no es un filólogo, y su edición de los *Comentarios Reales* (él mismo lo aclara en el pórtico) no está hecha para filólogos. Es la primera razón para expresar nuestra gratitud, y para lamentar que no haya merecido esmerada atención en su momento. Es edición para un auténtico lector, en esta hora de computadoras y viajes espaciales. No es una edición crítica, pero viene enriquecida por la preocupación de quien, con agudeza y buen estilo, quiere ver (y ayudarnos a ver) en profundidad el mundo de las ideas, precisar las circunstancias y ahondar en el claroscuro de las conciencias. Sus glosas van dirigidas al apremiado lector contemporáneo, urgido por efímeras cuestiones y desentendido de las esencias. Se ha esmerado Aranibar precisamente en reunir lo que ha considerado esencial, lo que conviene saber y tener presente mientras nuestros ojos recorren lentamente la escritura; lo que ilustra el pensamiento de Garcilaso, o lo que podría servir para explicar su conducta. Nos previene, así, cuándo la vida misma dicta al Inca sus informes veraces y cuándo tal información se debe a lecturas. Nos muestra, por lo tanto, con qué atención leía en sus fuentes Garcilaso. Ninguna nota resulta superflua, ninguna nos agobia con la insulsez del dato vano y ostentoso; y por eso muchas son bienvenidas. Es que la lectura actual del Inca no puede prescindir de orientación oportuna, y la que esta edición nos ofrece aviva nuestra curiosidad y acicatea nuestra vocación peruanista, al amparo de los recursos sutiles e irónicos con que se va salvando la distancia entre Garcilaso y nosotros. Va con nosotros leyendo los *Comentarios* en voz alta; asiste a nuestra desazón, adivina la perplejidad a que nos puede conducir una palabra desusada, aclara nuestras dudas y nos permite, por tanto, sentir a Garcilaso como nuestro contemporáneo y acomodarnos en su mundo real y constante, mirar con la misma profundidad y la misma intensa ternura con que el Inca mira y recuerda, como si también nosotros evocásemos ahora en nuestra memoria, y con nostalgia, lo vivido por él. Tiene razón Aranibar en recalcar que la suya no es una edición para eruditos ni profesores. Felizmente, porque el Inca solamente tuvo presente a sus contemporáneos como lectores. No tuvo intención de ser un clásico de la literatura. Sólo nuestra persistente lectura y nuestro repetido amor

han ido consagrándolo como un clásico del Perú y de América. Escribió Garcilaso para ser leído, y no para ser pasto de comentarios eruditos. En esa misma perspectiva se ha colocado Aranibar. Sus notas no proponen interpretaciones ni invitan a penosas gimnasias de erudición, sino que auspician la simple e inocente lectura que Garcilaso esperaba. El acierto consiste en que nos ayudan a realizar la lectura con provecho, abriendo ventanas cuando el aire se muestra enrarecido por el tiempo (la lengua, al fin y al cabo, se renueva para continuar ofreciéndose en la historia). Y es sintomático que nos propicie esta lectura cuando en América continuamos preguntándonos si hemos conservado, o tal vez perdido, los rasgos de nuestro mejor perfil hispánico. Leer a Garcilaso ahora, a cuatro siglos de distancia, nos ayudará a plantear la viabilidad de ese discutido perfil. Ya no interesa preguntarnos si los *Comentarios* ofrecen realmente una visión idealizada del incario, porque nadie hasta ahora ha podido ofrecernos la cara real y concreta de esa precisa dimensión histórica. Una parte de lo que Garcilaso cuenta viene endeudada a la memoria de sus parientes e informantes, y otra parte está apoyada en lo que escribieron los contemporáneos de la conquista. En momentos en que Cervantes deja que Alonso Quijano pierda la razón por leer libros de caballerías como si fueran de historia, Garcilaso nos propone la lección de una verdadera historia antigua que su memoria recrea e idealiza con el fervor de la sangre, almo refugio de su corazón mestizo.

En un artículo de 1963, Aranibar sostenía que “la historia de la historiografía aparece, en cierto sentido, como la historia de los avatares y fluctuaciones del valor asignado al testimonio” (*Nueva crónica*, I, 102). Más allá de la persecución de las formas, le interesaba concentrarse en los documentos y las fuentes. Entonces veía Aranibar que mucho había por hacer en lo tocante a la hermenéutica de las crónicas. Treinta años después de esa información, con esta edición, lo vemos persistir en la misma actitud. Para que el lector pueda centrarse en el contenido, Aranibar ha suprimido todo cuanto, por formalismos de escritura, pudiera caracterizar a un libro en los albores del XVII. Ha redistribuido “la división en párrafos, según la estructura gramatical de la frase y mirando la unidad conceptual del periodo” y ha ordenado la puntuación distribuyendo con libertad (y, a veces, con eficacia) “paréntesis, comillas, guiones”. Podemos

discrepar, pero no es mi intención reseñar la obra como filólogo. Mediante asteriscos ha conseguido realzar la autonomía de otros pasajes donde los “juegos humorísticos” reminiscencias, semblanzas” permiten ver el lado humano y sensible del autor y ayudan a introducirnos en su propia nostalgia evocadora. Aprovecha la ocasión Aranibar para probarnos su capacidad y su calidad de lector, y se ha internado en los profundos meandros estructurales del texto guiado sólo por una arriesgada lectura de la estructura superficial. A partir de esta edición del FCE, Garcilaso no será ciertamente un autor aludido por quienes simulan erudición, sino un clásico leído y provechosamente gustado por quienes quieran robustecer su peruanidad y ufanarse por estar escribiendo en español. Los varios niveles de discurso que la prosa del Inca encierra se ven ahora puestos de relieve, para que el lector ‘lea’ y ‘vea’ en profundidad, con el mismo interés con que el espectador descubre en el teatro cómo lo orientan (y favorecen la comprensión) las varias indicaciones sobre los movimientos escénicos y sobre los diversos tonos de voz que ha previsto el autor.

La lengua

- a) A la lengua dedica Garcilaso útiles reflexiones, que merecen comentario. Aranibar toma en cuenta las apreciaciones sobre fonética anunciadas en el prólogo de los *Comentarios*, y ajusta su edición a tales propuestas². Para Garcilaso, entrar en la lengua era ingresar en la historia. La verdad espiritual del hombre andino implicaba el conocimiento pleno de la lengua. Por eso era importante para el Inca tener bien preciso el sentido idiomático del quechua. Le preocupaba que los españoles pronunciaran bien y no “desfigurasen ni confundieran” el idioma, como solía ocurrir “por las muchas cosas que una misma dicción tiene para muy diferentes significaciones” (*Com.*, XIX, 35). El mismo respeto procura conservar Aranibar, al

² Para todo lo relacionado con la actitud de Garcilaso frente a la lengua quechua, son indispensables lecturas: Rodolfo Cerrón-Palomino (*Lexis*, XV, 2, 1991, 133-178; *BAPL* 25, 1992, 59-68; *Lexis*, XVII, 2, 1993, 219-257); José Luis Rivarola (*Cultura latina*, LVII, 3-4, 1997, 325-344; Estudio preliminar a la ed. de los *Comentarios*, Madrid, Ed. Cultura Hispánica, 2001, 7-86; NRFH, L, 2002, 59-139).

tratar temas concernientes al quechua. Se interesa, sí, ante la acuciosa preocupación de Garcilaso, por el equilibrio rítmico en alguna traducción de poesía quechua, tema que merecería atención de los especialistas. Acojo lo anotado a propósito de la voz *cunuñunun*, en cuya versión observa Aranibar el empeño del Inca por exceder el "metro hexasílabo buscado", interpretado por Rosenblat como voz onomatopéyica. Tampoco quiero desatender las observaciones sobre la triple versión quechua, latina y española que ofrece Garcilaso (*Com. Lib. II*, 26): para traducir *Mai ñimpiri* recurre a una frase que implica para Aranibar, un empeño por buscar "el verso de seis sílabas" (785). Las voces quechuas aparecen en esta edición reproduciendo las de la edición de 1609; las pocas veces que Aranibar arriesga modificaciones, da sus razones. Así, en *allco* (16) trae *alco* y nos recuerda que el Inca nunca usa /1/ en voces quechuas, y piensa que acá se trata de un "traslado automático" del padre Acosta (659).

- b) Tiene en cuenta Aranibar (sin discutirlos) las ideas lingüísticas del Inca, y por eso hace suyo todo cuanto Garcilaso dice sobre la "corrupción" (*Com.*; Advertencias Caps. I, 4; VI, 29; VII, 4; VIII, 5; IX, 37). Por eso acepta (s.v. *catu*) la explicación de *tianquistli* / *tianguis*³. Los datos que sobre la lengua Garcilaso recoge de Blas Valera los acepta porque le parecen necesarios "para la enseñanza de la doctrina cristiana". El Inca escribe desde el solar europeo, ya dueño de su religión. Y puesto que los otros datos de Valera no aseguran esta enseñanza, calla Garcilaso todo cuanto Valera afirma al comparar la lengua indígena con el latín, el griego y el hebreo.
- c) Enfatiza Aranibar la preocupación del Inca por verter la poesía incaica a metros españoles, aun cuando a veces lo haga "a costa de algún ripio", auxiliado de alguna que otra licencia en la sintaxis verbal (s.v. *cailla llapi*, *camasunqui*), y hasta aventura algunas diéresis (s.v. *camri ñusta*).

³ Cf. Cerrón-Palomino, *Lexis* XV, 2, 140-156.

- d) La edición respeta, en casos como *Viracocha*, la ortografía de autores citados por Garcilaso; pero “en los suyos y en los de Valera, en cambio –dice CA– seguimos la intención fonética y reemplazamos *Viracocha* por *Huiracocha*, forma de amplia tradición ortográfica” (765). Luego, “por fidelidad a la intención fonética”, muda *chaldeos*, *chancillería* y otros, a los que tiene por “cultismos de la ed. 1609”, y nos ofrece *caldeos*, *cancillería*; sin embargo, conserva “el gentilicio-topónimo *Puchinas*, que sonaba *Puquinas*” (822).

- e) Reacciona CA (y no abrimos juicio al respecto) sobre las discrepancias que en materia de lingüística quechua, y respecto de la probable influencia jesuita, mantuvo Garcilaso con Betanzos (779-780).

- f) A propósito de *usuta* (868) aprovecha Aranibar para recordar que, antes del rigor lingüístico presente en los *Comentarios*, donde siempre escribió *ojotas*, Garcilaso puso *ujutas* en sus notas marginales a los textos de Gómara.

- g) Para Aranibar, *amauta* es un adjetivo, sustantivado más tarde, en el periodo colonial; en González Holguín aparece con las equivalencias de ‘sabio, prudente, cuerdo’. Destaca los varios significados de *aposento* (Com., III, 21-22), *galpón* (Com., III, 21), *sala* (Com. V, 29). Recoge un uso transitivo de *congojar*, a un cuando el ejemplo de Garcilaso documenta un uso pronominal, y el que atribuye a Acosta no muestra tajantemente un valor transitivo. Habría que reconocer que ese uso transitivo parece ya documentado en el *Tesoro* de Covarrubias, en 1611 (ed. Riquer, Barcelona, 1964, 660, cols. a/b); y está documentado en Villegas, Mariana y Cervantes.

- h) Debo recoger algunas remisiones a modismos y frases hechas de la época. Por ejemplo, por tanto, por que, por lo cual; usos relativos como el cual, la cual, los cuales, a los que Garcilaso recurre con inusitada frecuencia para aclarar o expandir” (742).

Además, se nos ofrece un atrayente muestrario, que exige comentario ajeno a los fines de esta nota.

- i) A propósito de la expresión de Garcilaso “uno en pos de otro como grullas” (*Com.* I, 13) hay que reconocer que se trata de una expresión de la época, ya registrada en Covarrubias: Ir como grullas es ‘ir uno detrás de otro’.

El glosario

Ocupando dos tercios del segundo volumen, el glosario es una *Weltanschauung* de ese mundo andino que Garcilaso añoraba allá en tierra española. Puede el lector ubicarse cómodamente en el espacio para reconocer topónimos y congregar datos sobre onomástica y etimología. Aranibar se introduce en la memoria y reordena los propios recuerdos de Garcilaso; y, a veces, hasta intenta rectificar la ubicación de alguno en otro lugar, como en el caso de *Cacha*, situado erróneamente por Garcilaso “en el camino de Umasuyu”, cuando en verdad se trataría de “uno de los ramales del camino a Collasuyo, pero esa bifurcación nacía después de *Cacha*”.

a) *Topónimos*.- Aranibar ha corregido las erratas declaradas en la edición de 1609, así como las detectadas por Rosenblat. No corrige las concernientes a voces quechuas, por evidentes que pudieran ser, como es el caso de *llanilla* (Garcilaso solo registra *llaclla*) *çampa* (en Garcilaso: *campā*), *çaci* (Garcilaso: *caci*). Tampoco corrige cuando el Inca repite fallas de su fuente, como en *Cotoche* (por *Cateche*, en Yucatán): Aranibar entiende que ahí Garcilaso ha querido quechuizar un error de Cieza.

En esta parte, el Glosario ofrece varios datos nuevos en relación con etnias y topónimos. Es verdad que algunos topónimos no son muy precisos, y Aranibar propone, en tales ocasiones, alternativas (*pucuna-Sanusa*). En otros casos, Aranibar atribuye la imprecisión a insólitas acuñaciones en que habría incurrido Garcilaso, afanoso por quechuizar las erratas de Cieza, como en *Puchiu*. Solamente recojo lo más significativo.

En la edición de 1609, en cuanto a topónimos, recogemos (Lib. IX, 2) *Chacma*. Se trataría de *Chicama*, y Aranibar aventura que Garcilaso

“ha quechuizado un error ajeno”. Cuando el Inca enumera valles de la costa norte hasta Tumbes, sigue inversamente la ordenación de Cieza, “en cuya edición princeps, 1553, en vez de Chicama, se deslizó, por errata, Chacama”. Ahí habría creído leer Garcilaso “un fantástico Chacma”. En error tipográfico piensa asimismo Aranibar cuando aparecen fusionados en la forma *Chachamoca* (Lib. VIII, 6) que eran dos pueblos Chanchan y Mocha: Garcilaso habría tomado los topónimos ecuatorianos de Cieza (probablemente en Chimborazo, Ecuador).

No se logra precisar la exacta ubicación de Chalcumarca (Lib. V, 27) fortaleza chanca en la provincia de los Soras: Aranibar la presume ubicada “en la provincia de Lucanas, departamento de Ayacucho”. Tampoco se alcanza a identificar *Chamuru* (Lib. III, 17), a la que se ubica presumiblemente en la zona boliviana de Cochabamba. Otro problema es *Callahuaya* (hoy *Carabaya*, en Puno). Aranibar presume una alternancia con *Callavaya*, que en Huamán Poma aparece indistintamente bajo las formas *Callauaya*, *Carauaya*, *Calavaya*). No cabe sorpresas al arriesgarse a interpretar: *Callamarca* aparece en Huamán Poma bajo la forma *Caramarca*, ahora Calamarca (La Paz, Bolivia). Para todas estas “confusiones”, deberemos tener en cuenta los aludidos trabajos de Cerrón-Palomino⁴.

Casi siempre, los topónimos aludidos por el Inca provienen de Cieza, que es sobre todo, “fuente de su geografía ecuatoriana” (665): así en *Apichiqui* (Lib. IX, 8) *Apucara* (Lib. III, 9), hoy *Apucara*, en Lucanas, departamento de Ayacucho, con fuente en Huamán Poma. *Aruni* (Lib. IX, 9), población de lengua aru o aymara, en la provincia de Castilla, Arequipa; *Asancaru* (hoy *Azángaro*, dpto. de Puno (Lib. II, 16); *Aulagas* (Lib. III, 7, 14), nombre que inicialmente los españoles dieron al lago Callacollo, en Bolivia, “sugerido por la abundancia de vegetación afín de la leguminosa aulaga; Garcilaso lo llama siempre “laguna de Paria, otro nombre muy en boga entonces” (671).

b) *Onomástica*.- Interesantes son las notas sobre onomástica incluidas en el Glosario, y sólo destacaremos algunas. Así, la relativa a la Coya

⁴ “Las etimologías toponímicas del Inca Garcilaso” (*Revista Andina* 38, 2004. pp. 9-41)

("mama Anahuarque, hermana y mujer de Pachacutec, es nombre dado también por el Palentino a la mujer de Lloque Yupanqui"). Luego tenemos *Apu Huallpa Rimachi*, Inca: uno de los arquitectos de Sacsahuamán (Lib. VII, 29); *Apu Maita*, segundo hijo de Inca Roca: Garcilaso lo "gradúa de general e inserta en la trama de conquista del Cuntisuyu" (Lib. IV, 20) y aclara que *Apu Maita* "quiere decir el capitán general Malta". Aranibar llama la atención sobre un error de la edición de 1609, donde se habla del aillo *Apu Maita* como panaca del quinto rey Cápac Yupanqui, cuando en realidad se trata del cuarto rey. Se atribuye tal confusión al Palentino; la aclaración se obtiene mediante confrontaciones con Román y Zamora y Gutiérrez de Santa Clara (666).

Recogemos, asimismo, *Mama Cuca* (Lib. III, 9), hermana y mujer de Maita Cápac; *Challcuchima*, general de Atahualpa, quemado vivo en 1533 por Pizarro.

Importa mucho la aclaración respecto de María Escobar (Lib. IX, 24): no era trujillana sino sahumunense, y era mujer de Francisco de Chávez, y no de Diego: aquí Garcilaso la confunde con otra.

c) *Etnias*. - Provechosa información hallaremos en el apartado relativo a las etnias. Se puntualiza, por ejemplo, en *Chachapoya*, que nos hallamos frente a una "antigua etnia que ocupó una extensa área en la margen derecha del Marañón; aunque la fuente aceptada es Cieza, Aranibar advierte que Garcilaso incluye toponimia y, datos "que denuncian también la utilización de Valera". Cuando trata de *Caviña*, se nos aclara que Garcilaso "cambia ligeramente el sentido del texto base", que es Cieza, y se localiza hoy en la provincia Quispicanchis, Cuzco. Aquí, otros ejemplos: *Cauqui* (Lib. VII, 19) "etnia araucana, quizá mapuche", prov. Maule, Chile. A propósito de *Cauquicura*, según Aranibar, nos hallamos ante una "falsa quechuización de *Caquingora*, población de lengua aimara, de la etnia Pacajes: "Caquingora es un ave nativa, bandurria, prov. Pacajes, La Paz, Bolivia". *Collahua* (Lib. III, 9) le sirve a Aranibar para recordar que los collaguas "son de lengua aru o aimara", y sitúa la etnia "en la cuenca del río Colca y las nacientes del Vitor". Sobre el particular, hoy son de necesaria lectura los trabajos de Franklin Pease.

En relación con *Canas* (Lib. II, 18) Aranibar advierte que se trata de una etnia afín a los canchis, originalmente “de lengua aru o aimara”, realmente situada en territorio cuzqueño, a pesar de que “en la deslizante geografía de los *Comentarios*, la ubicación de *Canas* es vaga y no toca, ni en parte, tierra cuzqueña” (684).

d) *Adiciones a Rosenblat.*-

- 1) El Glosario enriquece muchas de las notas de Ángel Rosenblat en la edición de Emecé (Buenos Aires, 1943-44). Con estas notas, Aranibar procura precisar geográficamente determinados lugares, aclarar ciertos hechos históricos, completar datos léxicos (o, por lo menos, abrir nuevas perspectivas de investigación). Elegiré algunos casos significativos: *Acos* (topónimo recogido en Cieza y en Betanzos, quechuizado por Garcilaso (*Com.* Lib. V, 24); *Achanquillo* (en Cuntisuyo, Arequipa, Lib. IX, 25); *Acocha* (puente sobre el río Apurímac, prov. Cotabambas (Lib. III, 7); *Ambato* (región ecuatoriana ubicada por Huamán Poma entre Latacongá y Mullepongo, sitio “donde mataron los delinquentes Guaina Cápac Inca” (Lib. IX, 39); *Ampara* (en la actual Bolivia, dpto. Chuquisaca, Libs. IV, 20, V, 23); *Ancasmayo* (Garcilaso sigue a Cieza, pero se trata de un río en Colombia: Libs. I, 8; II, 10); *Antahuailla* (eran los chancas para Cieza, de quien Garcilaso toma el dato: Huamán Poma trae *Andaguailas*).
- 2) A veces las notas incrementan los datos aportados por Rosenblat, recurriendo a confrontaciones con Betanzos. Huamán Poma y González Holguín, cuando no con Gómara y Acosta (algunas de estas últimas ya reveladas por Aurelio Miró Quesada). Así tenemos con Betanzos, González Holguín y Huamán Poma (s. v. *apu*) cuando no en Gómara o Acosta (s. v. *Apurímac*); o solamente González Holguín (s. v. *Arequipa*, *apachecta*, *api*, *apiche*, *añas*, *años*, *anta*, *Antis*, *Amáncay*, *amaru*, *Amarucancha*, *amantas*, *Amarumayu*, *Allco*, *Allpacamasca*, *Ailli Pandea*, *adia huaci*, *Acahuana*, *Puncu*, *acatanca*, *atoc*, *auasca*, *auca*, *aucacunápac*, *auqni*, *ayusca*). Con ayuda de González Holguín, recuerda las cinco voces “más populares

e injuriosas del XVI en la península: *herético*, *sometico*, *cornudo*, *gafo* (=leproso) y *traidor*", (Com. IV, 12).

- 3) Un posible error de Garcilaso halla Aranibar en la voz *cusquieraimi*. Sería error por *Cusquiraimi*, porque le parece insólita la diptongación ie "en el quechua del comentarista". Nos abstenemos de opinar. Lo mismo se da a propósito de *chaina*, 'especie de jilguero' (Lib. VIII, 20), donde Aranibar postula una errata por *chaina*, así registrada en el Vocabulario de 1560 y en González Holguin, aunque se apresura a advertir que el Inca "nunca usa la ñ".
- 4) Rosenblat tiene información más rica en *collquemáchac-huay*. A propósito de *Chaquira*, Aranibar se decide francamente (aunque no fundamenta) por la procedencia antillana de la palabra, posición que en Rosenblat era solo conjetural. Más prudente se muestra sobre la equivalencia de *hihuáná* 'piedra negra' que parecía convencer a Rosenblat, aunque francamente el texto no ayuda a decidirse.
- 5) Tiene por errata *hinamantona* en Rosenblat, y prefiere *hinamanta* (133); si mantuviéramos la forma defendida por Rosenblat, se desmentiría la escansión del quechuista Valera. El argumento requiere más reflexión.
- 6) En *collcam*, amplía Aranibar la información de Rosenblat, al destacar que la palabra connotaba diversos tipos de almacén y silos para preservar alimentos secos (698); Acosta advertía que ese nombre correspondía también al de las *Siete cabrillas* "estrellas que se suponían vínculos con la producción de los mismos granos" (Lib. VII, 8).⁵
- 7) Tiene a *buhca* (Com. VI, 25) por errata de *puhca*; alega Aranibar que Garcilaso "no usa jamás la letra / b l en vocablos quechuas" (822). En Com. VII, 4 el Inca tiene a *bamba* por forma incorrecta de *pampa*. A este respecto, será útil consultar Cerrón-Palomino (Libs.,

⁵ vid. Cerrón, op. cit., 2004

XV, 145). A propósito de *caca*, se acogen las declaraciones del Inca sobre los distintos significados de voces como *tío*, *las peñas*, según se pronuncie “sin aspiración” o “con aspiración gutural” (Lib., III, 23).

- 8) Sobre *caci*, Aranibar sospecha “un posible lapsus por *caci* ‘ayuno ritual’, pero no corrige “porque su repetición hace dudar si es errata de la ed. 1609” (Libs. VI, 11, 24; VII, 6; IX, 37). Al tropezar en *cácham* ‘pepino’, piensa en errata, pero se atiene a su propósito de no modificar las voces quechuas (Lib. VIII, 11). Cieza la recoge como *Cachum*.
- 9) Vale recalcar la buena lectura realizada por Aranibar, a propósito de *cailla llapi* (Com. II, 27), pues corrige un repetido error de acentuación: escribe *al cántico* y no *al cantico*, ostensible error en las más autorizadas ediciones.⁶ Aranibar atribuye la traducción de Garcilaso a su afán de “lograr cadencia y efecto poético también por la métrica” (682).

Varia lectio

- a) La edición corrige las erratas declaradas en 1609, así como las detectadas por Rosenblat. No corrige, en la ed. de 1609, cuando se trata de voces quechuas, por evidentes que fueren: así en *llanellu* (Garcilaso sólo usa *llaclla*); *çampa* (Garcilaso usa *campá*); *çasi* (Garcilaso: *caci*). Tampoco corrige cuando el Inca repite fallas de su fuente, como en *Cotoche* (por *Catoche*, en Yucatán), error heredado por Gómara. Menos corrige *Chacra* (por *Chicaça*), porque entiende que ahí Garcilaso ha querido quechuizar un error de Cieza. Corrige *Asancaro*, que reputa por “Quechuización inducida por errata” del texto de Cieza, y registra *sancaru*. Tiene a *Tucmi* por quechuización del *Tuqueme* de Cieza, “que debía ser voz esdrújula”.

⁶ No ha tomado en cuenta Aranibar el artículo que sobre el tema publicó José Luis Rivarola (*El Comercio* 23 enero 1990).

- b) Se acogen todas las noticias que sobre pronunciación ofrece Garcilaso, pero no incluye las que sobre dos pronunciadores de / p / ofrece el Inca (Lib. II), ni se interesa por *çavanas* bajo ninguna forma (1609), trae *cauanas* (Aranibar, s.v. *sabana*, no alude al hecho).
- c) Interesantes, las aclaraciones sobre la leyenda de los pururaucas; su extensa nota sobre *Raimi* y *tampu*, así como la información ilustrativa sobre Tici-Huiracocha, donde Garcilaso "combina crónicas, evocación y fantasía" y logra ofrecer una visión que "armoniza en un haz multicolor rasgos de distintas fuentes incaicas" (854-844).
- d) Ha faltado, tal vez, una nota sobre el nombre de la lengua; si recuerda Aranibar que el vocablo *quechua* en Garcilaso nunca alude a la lengua. Siempre es un gentilicio de vaga connotación" (826). No recoge el Vocabulario 'formas de tratamiento'.
- e) Útiles las notas sobre carencias: 38 especies de animales no existían en el antiguo incario; 70 especies de plantas fueron desconocidas por los antiguos peruanos. Aranibar ofrece un rico inventario de carencias, recogidas en 72 notas específicas sobre textilera, botánica, flora y fauna; juegos, comidas, medicinas. Suele recurrir a confrontaciones con Huamán Poma y González Holguín.
- f) Para datos lingüísticos, así como para datos históricos, busca Aranibar confrontarse con Betanzos y el Palentino. Tengo la impresión de que los textos de Garcilaso no se concilian con las aclaraciones que brinda Aranibar sobre *oliva* y *aceite*; pero no concierne la discusión a esta nota.
- g) La clara identidad entre la concepción tomista de Garcilaso y la de González Holguín lleva a Aranibar a arriesgar útiles confrontaciones entre las noticias de los *Comentarios* y el *Lexicon*. "se diría que Garcilaso escribe el quechua como un González Holguín que ha renunciado a las letras dobles" (779).

- h) A través de las notas de Aranibar, podemos imaginarnos el mundo sensorial de los quechuas. Aún cuando pudieron saborear la esponjosa chirimoya, desconocían el sabor de verduras como la berenjena, la cebolla y la col. No pudieron gustar el pepino, ni alcanzaron a materializar en la boca la inconsistencia el espárrago y el perejil; y menos llegaron a apreciar la coruscante y concreta presencia de garbanzos y lentejas. Ignoraron los quechuas forma y sabor de nabos y rabanitos, y se vieron privados de la deliciosa fruición de las exquisitas aceitunas. No hubo modo de que el paladar quechua se enjugara con el sabor de la camuesa, ni alcanzara a apreciar ciruelas y cerezas. Esos hombres desconocieron el durazno generoso y la sobria actitud de la lima. No probaron uvas ni manzanas, ni pudieron frecuentar los indicios olorosos de la alhucema y el anís. Ignoraron también lo que era estremecerse con el orégano de penetrante olor. Aranibar se encarga de que la historia sea tan verdadera como lo pretendía Garcilaso y permite, con esta lista de carencias, que el lector goce mejor, como secreta y tardía venganza, de lo que hoy puede saborear con todos los sentidos.
- i) Las notas de Aranibar confirman la influyente lectura del padre Acosta, así como destacan (a propósito de la voz *Cápac*), cómo “la enriquecida y cristiana imagen del primer Capac servirá, a lo largo de los *Comentarios*, como una rígida plantilla para el perfil moral de los reyes del Cuzco” (687). La persistente presencia de Acosta no puede ciertamente extrañar, si nos atenemos al vínculo evidente que Garcilaso mantuvo con los jesuitas, explicable simpatía en una hora en que la Compañía “renovaba los aires con una milicia pujante y exhibía comprensión y tolerancia hacia la realidad andina y su pasado” (702), línea en que los jesuitas han sabido felizmente progresar.

Pero no solamente nos alertan las notas sobre los textos que Garcilaso tuvo en cuenta, sino que nos brindan noticias sobre los comentarios que esas mismas lecturas fueron suscitándole. Los vemos con la noticia de Cieza sobre esos pellejos humanos usados como tambor, o como cuando el Inca disimula el matiz truculento que en Cieza

alcanza la alusión a la tendencia antropofágica de los *quillacincas*. Siempre descubriremos, tras las notas, al lector acucioso. Y si hoy encuentro amable la lectura del pasaje en que Garcilaso habla de la monetización de la economía (Lib. VIII, 16), es porque las notas de Aranibar permiten leer en profundidad lo que la sola lectura superficial nos habría reducido al estupor.

- j) En lo concerniente a presumibles erratas, Aranibar sospecha que *cocohuay* (Lib. IX, 20) debió escribirse *cocotú huay*, según se infiere de González Holguín, con alusión a "tórtolas mayores que las de España".
- k) Antes de cerrar esta nota, quiero destacar algunos datos importantes:
 1. La nota de Aranibar sobre el nombre de *Comentarios reales* (699-700) anuncia su posición contraria a quienes defienden el lejano ejemplo de Julio César. Aranibar prefiere "oir la sencilla razón" del propio Garcilaso: "comento y glosa" de hechos e historias "para explicarlos o corregirlos" por quienes "escriben de cosas reales, cosas de reyes". Pasto, como se advierte, para nueva discusión.
 2. Garcilaso acepta los límites señalados por Cieza para el Perú; al respecto, piensa Aranibar (812) que si frente a los nombres Pirú/Perú ha prevalecido este último es debido "a la amplia difusión" de los *Comentarios* del Inca. El tema tiene discusión abierta con los últimos estudios de José Luis Rivarola.
 3. Aranibar defiende la influencia de la obra del padre Rivadeneira (686), y así ve, por ejemplo, que la imagen del príncipe cristiano con que el jesuita ofrece la contraparte del modelo de Maquiavelo inspira "la enriquecida y cristiana imagen del primer Căpac". Y cuando Aranibar piensa que los capítulos sobre ciencias incaicas no se alejan "del esquema noetomista", tiene siempre presente que Garcilaso no deja de ser hombre

de iglesia. Así, s.v. *capac*, destaca “a riqueza de ánimo, de muchedumbre, piedad, clemencia y otras para hacer bien a los pobres”. En verdad, hay acá mucho pan por rebanar, y sería bueno no descartar la lectura del padre Las Casas.

En 2009 hemos de celebrar cuatrocientos años de la primera edición de los *Comentarios Reales* (1609). Una concienzuda preparación la obtendremos con una relectura del libro. La edición que hace quince años publicó Carlos Aranibar nos ha de ofrecer buen entrenamiento intelectual.